

prestigio que se había amenguado considerablemente con los hechos escandalosos que acababan de tener lugar.

Así terminó aquella rebelión, que pudo causar al Estado grandes amarguras, ante la firme y resuelta actitud de diez y ocho hombres, diez y ocho héroes que se cubrieron de gloria inmarcesible en aquel día memorable!



## LA REALIDAD DE UN SUEÑO.

TRADICIÓN POPULAR

A Juan F. Molina Solís.

Muchos años después de la fundación de Campeche, no existía aún la población que lleva el nombre de Hecelchakán, y en el lugar que ocupa, sólo se veía la falda de una sabana extensa, limitada desde el N. E. hasta el Sur por las ondulaciones de la sierra, y hacia los otros lados, por espeso bosque compuesto de árboles de talla gigantesca. El conjunto que formaban la cordillera, el bosque y la sabana, era de lo más agradable y pintoresco: la superficie inmensa de la última, hallábase cubierta por la alfombra natural de verde za-

catillo, en cuyas delgadas hojas veíanse brillar como diamantes heridos por los rayos del sol, las blancas gotas del rocío. El bosque, limitando por algunos lados la sabana, se extendía en ancha y dilatada curva luciendo la exuberante frondosidad de sus árboles, cuyas copas elevándose majestuosamente, se destacaban sobre el fondo azul de un cielo iluminado por los fulgores de un sol tropical, y la cordillera, en fin, cerraba el horizonte por otros lados, con la serie interminable de sus cerros y montículos. En el fondo de aquel hermoso bosque, hacia el norte de la sabana y en un espacio desprovisto de árboles, abría su ancha boca un cenote ó pozo natural, cuyas aguas cristalinas comunicaban mayor frondosidad y frescura á aquel paraje delicioso. El agua de la fuente subterránea y la sombra bienhechora de los árboles, cuyas ramas se entrelazaban formando bóvedas inmensas de verdura casi impenetrables á los rayos del sol, atraían constantemente aves de todas formas y colores que turbaban el silencio áugusto de la naturaleza, con las melifluas notas de sus cantos y gorgoros. Esparcidas aquí y allá, sin orden ni concierto, veíanse en derredor del pozo grandes piedras de rara blancura y de variadas y distintas formas, bancos naturales que la pródiga naturaleza colocó allí para brindar con el descanso al fati-

gado peregrino. Natural era, pues, que aquel sitio ameno y delicioso sirviera, en efecto, de descanso y de solaz, en la época á que nuestro relato se refiere, á todos los viajeros que transitaban "el camino real" como entonces se decía, que conduce de Mérida á Campeche; razón por la cual los naturales del país le llamaron "Helelchakán" ó "X-helebchakán," que en romance quiere decir: sabana del descanso.

Los viajeros que venían casi siempre á pie, á caballo ó en literas, venciendo largas distancias y sufriendo los rayos abrasadores de un sol canicular, hallaban en Helelchakán, como las caravanas que atraviesan los desiertos del Asia, un verdadero oasis con que en aquel sitio les brindaba la Naturaleza: ofreciales la fuente sus aguas frescas y cristalinas para calmar las exigencias de la sed; el follaje su sombra misteriosa y protectora; los árboles del bosque que allí crecían espontáneamente, sin necesidad de los cuidados del hombre, sus frutos tropicales; los pájaros, que anidaban á millares en las frondosas copas de los árboles, sus dulces y acompasados gorgoros, y la sabana y la cordillera, en fin, recreaban los ojos con agradables y sorprendentes perspectivas.

En este paraje ordinariamente solitario, en que tantas veces dieron descanso á sus fatigas los viajeros que iban á Campe-

che ó venían de esta ciudad y puerto, tuvieron lugar las tiernas y sencillas escenas que vamos á referir.

## II

Asegura la tradición que ya antes de la época en que fué fundada la hoy villa de Hecelchakán, había comenzado á celebrarse en Campeche la fiesta del Santo Cristo llamado de Amor, fiesta que, como es sabido, tiene lugar anualmente en el mes de septiembre, en la Ermita de San Román, que se halla á extramuros de la ciudad. La tal fiesta, desde entonces, era motivo de religiosa peregrinación, como la antigua de Santiago de Compostela en la Madre Patria; y era de verse cómo afluían de todos los puntos de la Península, ora sacerdotes que iban á auxiliar á los del puerto en sus faenas religiosas, ora enfermos que iban en busca de la salud que esperaban obtener del Cristo milagroso, ora verdaderos peregrinos ó "romeros," como hoy se dice impropriamente, que hacían el viaje con el objeto de cumplir una promesa, ora en fin, traficantes y mercaderes, tahures y desocupados y gentes de todas clases y condiciones que acudían á caza de utilidades y granjerías, al par que de zambra, cañas, toros y jaleos. Y como la mayor

parte de los caminos públicos en esa época no alcanzaban la categoría de carreteras, quedándose modestamente en la de sendas ó simples caminos de herradura, estrechos, colmados de fango ó pedregosos, y por otra parte, los carruajes andaban tan escasos como hoy las buenas intenciones, los concurrentes á la tal fiesta hacían su entrada triunfal á la hoy mirada ciudad de los "pámpanos" y los "marañones," ya en mulas, caballos y literas, ó ya simplemente á pie, que es el medio más natural, seguro y económico de locomoción terrestre.

Como el bosque de Hecelchakán estaba situado sobre la única carretera que existía "in illo tempore," casi todos los viajeros tenían que reconocer aquel paraje, que se convirtió en punto de descanso; y á medida que iba acrecentándose la fiesta de San Román, y haciéndose, en consecuencia, más y más considerable el número de gentes que á ella afluían de todos los pueblos y ciudades de la Península, más y más visitada y concurrida se hallaba Hecelchakán, de tal manera que, durante el mes de septiembre de cada año, el bullicio y la animación sucedían al silencio y soledad habituales del ameno bosque. Allí se reunían diariamente diez ó doce familias, con sus respectivas cabalgaduras, que convertían el bosque en fonda ó casa de posada,

más agradable que otras muchas que aspiran á estos títulos, con muy escasos méritos para ello, á pesar, ó quizás por esto mismo, de que las sillas y las mesas de la tal fonda, las proporcionaban las piedras esparcidas en los alrededores del cenote, y el techo las copas sombrías de los árboles. Tan numerosa concurrencia atraía, como suele suceder en tales casos, á los habitantes de los pueblos próximos á Helelchakán, entre los que se contaban ya, Poeboc, situado á una y tres cuartos de legua hacia el Norte y Pomuch, á legua y cuarto al Sur del mismo Helelchakán; pero los habitantes de una pequeña aldea de indios ó naturales del país, situada á tres leguas, poco más ó menos al Oriente del bosque del descanso, llamada Xkalunkín, fueron los que mayores ventajas procuraron obtener de los viajeros. Más activos ó emprendedores los tales indios de Xkalunkín que los habitantes de las demás poblaciones cercanas, afluían al bosque en mayor número y mejor provistos de vituallas, levantando, en fin, algunas humildes barracas que los protegieran de las inclemencias del tiempo. Durante los días de la fiesta campechana, convertíase, pues, Helelchakán, en pequeña, pero animada población, en que ya no sólo se escuchaban los alegres gorgoros de los pájaros y el blando susurro del terral entre los juncales de la sa-

hana, sino también las voces, risas y canciones de los viajeros y las armonías de las bandolas y guitarra, que ora se mezclaban á los ruidos de la naturaleza durante el día, ora interrumpían el silencio imponente y misterioso que reinaba durante las altas horas de la noche.

## III

Aunque el manuscrito que tenemos á la vista, fué escrito en Helelchakán, no consigna la época en que se realizaron los acontecimientos que vamos á referir y confiesa su autor, por el contrario, que á pesar de los esfuerzos que empleó para averiguarla, no pudo conseguirla. La tradición oral, única luz que sirvió de guía al cronista mencionado para referir los hechos se limita á consignar éstos sin precisar la época en que se verificaron. Así procederemos nosotros, pues no hemos sido más afortunados en nuestras indagaciones que el autor del manuscrito. (1)

Hacia fines de un mes de agosto caminaban rumbo á Campeche, caballeros en

(1) La fundación del pueblo de Helelchakán debió haberse verificado á fines del siglo 16 ó principios del 17, pues Cogolludo habla del Convento de dicha población como ya existente en 1621.

sendas mulas, un joven que frisaba apenas en los diez y ocho años y una señora de edad ya avanzada, que se detenían algunas veces para informarse de los viajeros que hallaban á su paso, de las distancias que mediaban entre unos pueblos y otros y de las jornadas que tenían aún que hacer para llegar á Campeche. Era el joven de regular estatura, de color trigueño, aunque claro, de frente ancha y de ojos garzos, grandes, expresivo y de mirada tranquila y apacible, que revelaba los nobles sentimientos de su corazón y la dulzura de su carácter. Servía de marco á este rostro ovalado y correcto, una cabellera abundante y de color castaño que bajaba en largos rizos casi hasta tocar sus hombros, realzando en gran manera la hermosura varonil y aumentando la gentileza y gallardía de aquel joven, cuyo origen español era indudable. La salud y la vida manifestábanse en aquel cuerpo robusto y lozano, que hacía recordar la naturaleza privilegiada de los indomables conquistadores del país, de esa raza de héroes legendarios que produjo la noble tierra de los Cides, Alfonsos y Guzmanes. Era la dama, por el contrario, enfermiza y achacosa; y aunque podían descubrirse aún en su rostro las huellas de una hermosura que no debió ser despreciable, sus facciones ajadas y marchitas como flores mustias, su mirada lán-

guida y triste, en la que no brillaban ya los fulgores de la juventud, y su color cadavérico y amarillo, deslucían la regularidad de sus facciones y ocultaban la antigua gracia y gentileza que adornaron su persona. A pesar de estas circunstancias contrarias, revelábase en su semblante la exquisita bondad de sus sentimientos y admirábase en su porte cierta nobleza, cierta majestad que se imponían, haciéndola amable y simpática, al mismo tiempo que respetable.

Conociase que ambos viajeros hacían por primera vez el viaje al puerto de Campeche, pues como antes hemos dicho, inquirían de cuantas personas encontraban por el camino, las distancias que mediaban entre las poblaciones del tránsito, y otras noticias relativas á la ruta que llevaban.

Iba la dama por delante y tras ella á cierta distancia, el joven absorbido, al parecer, en profundas meditaciones que, al fin, interrumpió exclamando, al mismo tiempo que espoleaba su cabalgadura para alcanzar á su compañera:

—Si alguna vez llegases á la sabana de Helechakán, situada en la carretera de Campeche, buscarás entre las piedras que están esparcidas en el bosque, dos letras grabadas en dos columnas. Esto me dijo muchas veces mi padre, madre mía, y repítómelo pocos días antes de morir.

—¿Dos letras? ¡ah, sí! me parece recordar que tu padre me habló alguna vez de ellas. Esas letras...

—Son una A y una P, iniciales del nombre y apellido de mi abuelo, quien las grabó cierto día que, rendidos de cansancio y de fatiga y atormentados por el hambre y por la sed, acamparon allí los conquistadores.

—En efecto, tu abuelo se llamaba Alfonso Pérez.

—Y grabó sus iniciales porque encantado de la amenidad y belleza de la sabana y sus alrededores, concibió la esperanza de edificar allí una casa de campo en que pudiera pasar los últimos días de su agitada vida, y dormir, después de ella, el sueño de la muerte.

—Esperanza que no pudo realizar: la vida de los conquistadores fué vida de continua agitación y de combate, y cuando tu abuelo comenzó á gozar de paz y tranquilidad, cuando la conquista estaba ya terminada y añanzado por muchos años el dominio español sobre esta tierra, vino la muerte á poner fin á una vida consagrada siempre al servicio de su Rey y de su Patria.

—A y P. Estas iniciales también son las de mi padre, que se llamó Antonio Pérez, y son las vuestras, madre mía, aunque en orden inverso, Petrona de Aguilar, y

aun pueden indicar mis dos apellidos, Pérez y Aguilar. Esto me parece providencial, y no sería extraño que, andando el tiempo, viniera yo á ser poseedor de ese pedazo de tierra.

¡Tal era la secreta esperanza que abrigaba el corazón de nuestro joven viajero!

## IV

El bosque de Helelchakán estaba solitario.

El día se presentaba claro y sereno, el cielo estaba limpio y despejado y el sol, asomándose por encima de la hermosa cordillera, iluminaba aquel cuadro espléndido que era una de las más bellas manifestaciones de la naturaleza.

Las seis de la mañana serían cuando nuestros viajeros penetraron en la sabana del descanso. Ya que el joven pudo abarcar con la vista aquel panorama que ante él se desarrollaba, quedóse suspenso y maravillado gozando en su contemplación; mas al fijar sus miradas en los árboles gigantes del majestuoso bosque, no pudo dejar de exclamar:

—He aquí que llegamos al nuevo edén! Este es, ¡oh madre mía! un paraíso terre-

nal que en nada debe envidiar al primero. ¡Qué hermosura! Durante todo el camino he venido pensando en la sabana; pero confieso que mi fantasía no pudo representármela tal como es. ¡Con cuánta razón pensó mi abuelo vivir y morir aquí, lejos de los hombres y entregado á la contemplación de esta naturaleza rica y exuberante!

Así exclamó el joven en tanto que, echando pie á tierra, se ocupó en detener la cabalgadura de su madre.

La señora, arrebuada en ancha colcha de algodón para preservarse del aire frío de la mañana, no se había fijado aún en las bellezas del paraje á que estaban arribando; mas excitada su atención por el entusiasmo de su hijo, dirigió sus miradas hacia el bosque y la sabana y hacia las crestas azules de la cordillera, iluminadas por los dorados rayos del sol saliente, y maravillada y sorprendida, como su hijo, se entregó á la contemplación de aquel hermoso espectáculo. Pero si la admiración del joven Pérez Aguilar se manifestaba en ímpetus de alegría y en raptos de entusiasmo, la contemplación de la dama hallábase llena de sorpresa dolorosa que se revelaba en las contracciones de su semblante. La dama no veía sino devoraba, por decirlo así, con dolorosa ansiedad las bellezas que se desarrollaban ante sus ojos.

—Este es, exclamó, este el paraje que soñé, ¡oh Dios mío!

Y desatáronse las fuentes de sus ojos, corriendo con abundancia el raudal de su llanto en sus pálidas y descarnadas mejillas. Hondos suspiros se escaparon de sus labios, y el eco de sus quejas, turbando el silencio que reinaba, llegó á ser escuchado por su hijo, que habiéndose apartado de ella después de haber detenido su cabalgadura, parecía buscar alguna cosa bajo los árboles del bosque.

Al escuchar los lamentos de su madre, corrió el joven apresuradamente hacia ella preguntándole la causa de su inesperado llanto; mas ella, procurando serenarse, le indicó que la apeara, lo que él hizo así, y ayudándola á dirigirse hacia una de las piedras más próximas del bosque, sentóla en ella.

El silencio reinó algunos minutos entre ambos personajes: la dama lloraba amargamente y el joven, de pie y á respetuosa distancia, la contemplaba con los ojos humedecidos también por las lágrimas y revelando en su semblante la honda pena que le causaba ver sufrir á aquella de quien recibió la vida. Como la aflicción de la señora, lejos de calmarse, cada vez crecía más, fué ya imposible que su hijo siguiera guardando silencio; aproximóse, y sentándose junto á ella en la misma pie-

dra, tomó una de sus manos, huesosa y fría, entre las suyas, ardientes y robustas, y con voz llena de suavísima ternura, voz entrecortada á veces por los esfuerzos que hacía para comprimir los sollozos, le dijo:

—No es bueno que os entreguéis así al dolor. Vuestra enfermedad no es incurable, y alientame la esperanza de que este viaje que hemos emprendido para buscar un alivio á vuestras dolencias, no será inútil ó infructuoso. Dios premiará, sin duda alguna, la gran fe que os guía al santuario del Cristo de Amor, y pues es todo amor y misericordia, os devolverá la salud que os falta.

—No quisiera afligirte, hijo mío; pero han sido vanos mis esfuerzos para contener y disimular las manifestaciones de este dolor profundo que me agobia. Veo con tristeza infinita que la vida se me escapa; que la muerte sigue mis pasos ya muy de cerca, y sólo falta que alargue la mano para apoderarse de su víctima; que mi último día, en fin, está muy próximo. Y no es precisamente la idea de la muerte la que me entristece y me acongoja, sino, ¿por qué no decírtelo ya? la de dejarte solo en el mundo, sin un guía prudente y cariñoso que te dirija por sus ásperos senderos, guía que te es aún necesario, pues apenas estás franqueando las puertas de la juventud.

—No os entristezca semejante idea; soy hombre ya, y vuestros consejos, que jamás olvidaré, serán la luz que me guíe, la fuerza que me aliente y el escudo que me proteja del mundo y de mí mismo. ¿Pero á qué hablar de estas cosas que afligen y conturban vuestro ánimo? Hablemos de nuestras esperanzas en vuestra pronta y radical curación: el físico (1) de Mérida nos ha dicho que este viaje y las distracciones que proporciona, os serán muy provechosos.

—Hijo mío, siempre que los físicos quieren desembarazarse de los enfermos que no tienen remedio, les recetan viajes y peregrinaciones. Pero tienes razón: hablemos de otra cosa. ¿Qué buscabas entre los árboles del bosque?

—Las iniciales de que antes os hablé. Allí están, efectivamente, grabadas en dos columnas que formaron parte en otro tiempo de algún suntuoso edificio construido por los antiguos moradores del país. A. P.—Alfonso Pérez, mi noble abuelo, el valiente soldado conquistador que duerme hoy el sueño eterno y cuya tumba he visitado tantas veces en Santiago de Mérida.

—Esas piedras servirán de tapa á mi sepulcro.

(1) Nombre que se daba entonces á los médicos ó curanderos.



—Por Dios, madre mía, desechad, por fin, esas lugubres ideas.

—Si no puedo, si me es imposible pensar en otra cosa. Escucha, pobre hijo mío, y comprenderás por qué razón estoy intimamente convencida de que mi fin se acerca. Habría cosa de un mes que cierta noche, en que pude conciliar el sueño después de largas horas de insomnio, causado por mis dolencias físicas y por el tenaz recuerdo de tu padre, soñé que me hallaba en un bosque delicioso: árboles gigantes elevaban sus copas opulentas, cargadas de gotas de rocío; los pájaros retozaban alegres en las ramas saludando con sus cantos la aparición del sol; el cenote, abriendo su ancha boca en un espacio formado por la ausencia de los árboles, dejaba ver allí en el fondo semioscuro, la tersa superficie de sus aguas; la sabana inmensa, extendiéndose por un lado hasta confundirse con la línea lejana de horizonte, aparecía á mis ojos como un mar: cuyas ondas apenas eran movidas por el soplo de un viento suave, y la sierra, en fin, por otros lados, limitaba el horizonte, sirviendo como de marco á aquel cuadro sorprendente.

—Pero me estáis describiendo, madre mía, el paraje en que nos hallamos.

—Precisamente. Aquel bosque era este bosque, aquella sabana esta sabana, aquella sierra, la sierra que vemos: yo soñé el

paraje que estamos contemplando, yo soñé á Helelchakán. ¿Pero sabes en qué estado me hallaba cuando veía en sueños el que delicioso del descanso? ¡Estaba en agonía! Sí, yo he soñado morir aquí, aquí, hijo mío!

Y otra vez el llanto y los sollozos embargaron la voz de la afligida dama.

—¿Pero habiais visto alguna vez Helelchakán?

—Nunca, y eso te probará que mi sueño no ha sido más que un aviso de Dios.

—Los sueños nada significan.

—Algunas veces, sí. ¿No recuerdas que las Sagradas Escrituras refieren los sueños de Paraón, interpretados por José, y el de Nabucodónosor, interpretado por Daniel?

—Pues bien, madre mía, yo seré vuestro José ó vuestro Daniel. ¿Sabéis lo que vuestro sueño significa?

—Sí, ya te lo he dicho, que aquí he de morir.

—Pues bien, sí, así será; pero no en la época que vos creéis. Voy á deciros la causa de vuestro sueño y á daros en seguida su interpretación.

Alguna vez oiriais de boca de mi padre la descripción de estos amenos lugares, mezclada con recuerdos de mi abuelo, y vuestra imaginación impresionable retuvo las imágenes del relato, que borradas por el tiempo, volvieron á presentarse esa

noche con motivo de los recuerdos que de mi padre habíais hecho durante vuestro insomnio. Hé aquí todo. Ahora ¿queréis la interpretación? Pues allá va. Cuando mi abuelo, rendido por el hambre y la fatiga, llegó á este bosque en que halló el descanso que tanto ambicionaba, debióle parecer mucho más hermoso y agradable de lo que es en realidad, y natural fué que tras el deseo de vivir y morir aquí, viniera la esperanza de fundar en estos lugares una nueva población formada por los hombres de su raza, poblada por sus descendientes. Mi padre alimentó gual esperanza, que tampoco pudo realizar, y en mí siento igualmente, madre mía, el mismo deseo, la misma aspiración: vivir y morir aquí, legando á mis descendientes este pequeño paraíso. Y si yo he de vivir y morir aquí, claro es que vos también viviréis en estos lugares y hallaréis, al fin, en ellos vuestra tumba; pero tal cosa no será sino después de largos años de vida, de salud y de felicidad.

## V.

Dejaron, al fin, nuestros viajeros la sabana del descanso, continuando su camino rumbo á Campeche. Habían avanzado apenas como una milla por la ancha carre-

tera, cuando hallaron á un anciano y tres mujeres de la clase aborigen, que regresaban de Campeche, á donde fueron á abastecerse de frutas, pescado y otras mercancías para vender á los viajeros que pasaran por la sabana del descanso durante la fiesta próxima de San Román. Detuvo el joven Pérez su cabalgadura, y como solía hacerlo con los transeuntes que hallaba al paso, dirigióse al anciano interrogándole acerca de la distancia que les faltaba vencer para arribar al puerto. Detúvose el anciano, y después de saludar con respeto al joven español, como entonces se decía de todos los de este origen, fueran ó no nacidos en la tierra, informóle minuciosamente de cuanto saber quería. Aproximóse, mientras tanto, una de las tres mujeres ofreciendo á la señora pan de trigo y pescado, con tal naturalidad, despejo y cariñosa solicitud, que no pudo dejar de ser aceptada la oferta con sincero agradecimiento.

—Gracias, hija mía, dijo la dama, nunca olvidaré esta demostración de afecto. ¿Cómo te llamas?

—María, vuestra humilde servidora.

—¿María, bello nombre! ¿En dónde vives?

—Soy natural de Xkalunkín, pequeño pueblo situado poco más de tres leguas al Oriente de Helelchakán; pero empiezo á

ser vecina de este último lugar, en el que os habréis detenido algunas horas.

—Sí, hemos descansado en la sabana cerca de dos horas, y por lo mismo, extrañó oírte decir que habitas en Helelchakán. ¿Cómo puede ser esto? No he visto ahí habitaciones de ninguna clase, y no creo que vivas bajo los árboles del bosque.

—En efecto, mi casa, que es la vuestra, no se divisa desde el punto en que regularmente se detienen los viajeros, pues se halla situada como á cuarenta "mecates" (1) al Poniente del cenote y del bosque que habéis visto. Ahí me está fomentando un paraje ó sitio ese anciano que veis deparando con ese joven que, sin duda, es vuestro hijo.

—¿Cómo! ¿pues ese anciano no es tu padre?

—No, señora, ese anciano que veis, es hermano menor de mi pobre padre, que pasó ya á mejor vida, contestó María. Es, pues, mi tío—añadió,—y recogíome en su casa, después de la muerte de mi padre, criándome, educándome y queriéndome como á hija propia suya.

—Pues bien, María, á mi vuelta de Campeche, que será inmediatamente después de la fiesta de San Román, tendré el gusto

(1) Medida yucateca de veinte y cuatro varas.

de visitarte en tu nueva vecindad y de llevarte algún obsequio, que aceptarás como una pequeña muestra de la simpatía que has sabido inspirarme.

—Gracias, señora, replicó María con sincero júbilo; os espero con impaciencia en esa que es vuestra casa.

—Me has preguntado si ese joven, que ves ahí, es hijo mío; sí, María, es hijo mío y vas á conocerle.

—Juan, dijo la señora alzando la voz; aproxímate, ven á compartir conmigo el obsequio de esta joven.

Aproximóse Pérez, acudiendo al llamado de su madre, quien le dijo:

—Quiero que conozcas á esta joven que me ha agasajado con tanta sinceridad como cariño y que participes de su obsequio.

—¿Quién es ella, madre mía?

—Una paloma que está fabricando su nido en las cercanías del bosque de mi fatal sueño.

—Os suplico, madre mía, que olvidéis vuestro sueño, que tal idea, fija sin cesar en vuestra mente, puede influir de una manera dañosa en vuestra quebrantada salud.

—No os privéis, señora, de lo que os he dado, que me queda aún bastante para vuestro hijo, exclamó María, brindando al joven con otra porción de pan y de pes-